

HECHOS Y GLOSAS

La lucha contra el ateísmo, según el Padre General de los Jesuitas.

Recordarán nuestros lectores cómo, con ocasión de la visita que los Padres Jesuitas, reunidos en Congregación General en Roma en Mayo pasado, hicieron al Sumo Pontífice, éste les dió el encargo "confiado a la Compañía de Jesús por la Iglesia, por el Sumo Pontífice" —fueron sus palabras— de unir sus fuerzas en oposición valiente al ateísmo. (1)

Prueba del interés con el que los PP. Jesuitas se están ocupando de este asunto fue la brillante exposición que hizo del problema del ateísmo ante el Concilio Vaticano II, el R. P. Pedro Arrupe en su carácter de miembro de dicha Asamblea Plenaria de la Iglesia, el día 28 del pasado Setiembre, al debatirse el esquema titulado "La Iglesia en el Mundo Moderno". He aquí sus palabras.

Situación actual del problema.

El esquema de la Iglesia en el mundo moderno tiene la elogiada finalidad de sugerir soluciones para los problemas de nuestros tiempos. Sin embargo, me parece que a pesar de los mejores esfuerzos de quienes han redactado el texto, las soluciones propuestas —y sobre todo los comentarios sobre el ateísmo en el número 19— permanecen demasiado en el nivel puramente intelectual. Se trata de un error que ha sido demasiado común en el pasado: La Iglesia tiene la verdad y los principios fundamentales de los que puede deducir argumentos válidos, pero, ¿logra presentarlos al mundo en forma realmente efectiva? Ese es el problema.

El contraste entre lo que la Iglesia posee y lo que logra impartir a los hombres se ha hecho muy obvio en este mundo moderno, que hace caso omiso de Dios —cuando no trata de destruir la noción misma de la divinidad. Esta mentalidad y el ambiente de cultura que lo alimenta es ateo, por lo menos en la práctica. Es como la Ciudad del Hombre de San Agustín— y no sólo sostiene la lucha contra la ciudad de Dios desde afuera de los muros, sino que traspone las murallas y entra en territorio mismo de la ciudad de Dios, influyendo insidiosamente en las mentes de los creyentes (entre ellos hasta algunos religiosos y sacerdotes) con su veneno oculto

y produciendo sus frutos naturales en la Iglesia: el naturalismo, la desconfianza y la rebelión.

Esta nueva sociedad sin Dios funciona en forma sumamente eficiente, por lo menos en sus niveles más altos de liderato. Recurre a todos los medios que están a su disposición, sean científicos, técnicos, sociales o económicos. Sigue una estrategia perfectamente señalada. Tiene influencia casi absoluta en las organizaciones internacionales, en los círculos financieros, en el terreno de las comunicaciones, la prensa, el cine, la radio y la televisión.

Análisis del ateísmo moderno.

Cara a cara con esta sociedad está la Iglesia, con sus inmensos tesoros de gracia y verdad. Empero, tenemos que reconocer que no ha descubierto aún una forma efectiva de compartir estos tesoros con los hombres de nuestros tiempos. Las estadísticas señalan sin error lo siguiente: en 1962, los católicos formaban el 18 por ciento de la población mundial y al presente constituyen el 16 por ciento, o sea una proporción menor bastante considerable.

Después de dos mil años formamos sólo una porción muy pequeña de la población del mundo y, ¿qué parte de esa proporción es realmente católica? No cabe duda de que existe enorme cantidad de bien en este "pusillus grex" (exiguo rebaño), formado por hombres de gran eminencia y empresas de gran valor. Empero, si se toma al mundo en su totalidad, nuestra influencia no es la que debía ser. En su mayor parte, nuestros esfuerzos resultan estériles a causa de la falta de proyección y coordinación.

Soluciones posibles.

Estas consideraciones no deben llevarnos al pesimismo. En el mundo estaremos bajo constante presión —el misterio de la iniquidad se opone en sí al progreso de la Iglesia. El crecimiento de la Iglesia no puede ser considerado según el criterio humano. No debemos olvidar que, en tanto que otros emplean ciertos métodos que son eficaces en el mundo pero incompatibles con el Evangelio, debemos predicar a Cristo y a Cristo crucificado.

Aunque mantengamos esto claramente ante nuestros ojos, tenemos de todos modos la grave obligación de examinar nuestros métodos pastorales sobre todo por lo que se refiere al grave problema del ateísmo. Por su-

(1) Véase "Osservatore Romano", 7 mayo 1965.

puesto, tendemos a ofrecer una solución intelectual de este problema en términos de refutar, demostrar, enseñar y defender. Tal cosa es valiosa y esencial, pero completamente inadecuada. Debemos comunicar a los demás no sólo la verdad, sino también la vida. Debemos crear más bien que defender, mover más bien que exponer —debemos poner la verdad en la práctica en vez de contemplarla. He aquí unas cuantas palabras de Juan XXIII que se refieren directamente a este asunto:

“Pero es indispensable, hoy más que nunca, que se conozca esta doctrina, que se asimile y se traduzca en una realidad social en la forma y manera en que las diferentes situaciones lo permiten y exigen —una labor sumamente difícil pero muy loable, a cuya ejecución invitamos cordialmente no sólo a nuestros hermanos e hijos, esparcidos por todo el mundo, sino también a los hombres de buena voluntad”.

Estas palabras aparecen en la carta encíclica “*Mater et Magistra*”.

* * *

La transición de la doctrina a la práctica es sin duda difícil debido a los cambios constantes y rápidos en una situación concreta. Por lo tanto, a menudo evadimos inconscientemente esta dificultad y buscamos refugio en la verdad abstracta que, a decir verdad, es completamente permanente y estable, pero menos eficaz en el orden práctico.

El ateísmo no es ni exclusiva ni fundamentalmente un problema filosófico. Por lo tanto, además de refutarlo en el nivel intelectual, es urgentemente necesario establecer un tipo particular de relación del individuo hacia Dios, de la familia hacia Dios y de la sociedad hacia Dios. Estas relaciones deben estar libres de cualquiera influencia de ateísmo, ya sea del tipo que es militante y agresivo o del que es solamente práctico, aunque sea estructurado y vital.

El hombre y la sociedad encuentran a Dios más fácilmente por medio de la acción social que involucra decisiones personales, que mediante la simple contemplación que percibe y refleja la verdad. Por lo tanto, es dentro de la estructura de una sociedad sin Dios donde debemos formar la comunidad de Dios, la comunidad cristiana.

El remedio fundamental para tratar con los males que parten del ateísmo y el naturalismo al presente se funda en la formación de una sociedad cristiana —no como una entidad por separado, un “ghetto”, como dicen, sino como una realidad en medio de los hombres— una sociedad poseída y animada por el espíritu de la comunidad cristiana. Si el

hombre moderno puede, como quien dice, respirar en una atmósfera de esa clase, le será más fácil convertirse en cristiano o por lo menos en hombre de algunas convicciones religiosas. Dentro de tal ambiente unos cuantos pueden ser llevados a la fe, pero fácilmente se perderán en un contexto que no es ni cristiano ni religioso.

* * *

Si hemos de crear una atmósfera como esa, tendremos que especificar en detalle cuáles son sus características fundamentales y cómo pueden alcanzarse. No cabe duda que las estructuras sociales necesitan ser reformadas. Tendremos que entrar en esas estructuras de la sociedad humana si es que hemos de cambiarlas y enriquecer la vida social, económica y política con los valores de la fe cristiana.

No es suficiente —escribió Juan XXIII— que los hijos de la Iglesia disfruten de la luz de la fe divina y se conmuevan por el deseo de hacer el bien. Más que eso, es necesario que se conviertan en parte de las instituciones de la sociedad civil y tengan un impacto de ellos desde el interior.

Este es un asunto de gran urgencia: no puede hablarse de más demora: ahora es el tiempo de hacer algo. ¿Qué debemos hacer? En toda humildad, venerable padres, me gustaría poner ante ustedes una iniciativa específica:

1) Dejemos que los mejores especialistas y hombres de experiencia en este terreno redacten un estudio concreto, científico y veraz de la situación que existe en el mundo actual —no permitamos que nos dirijan las urgencias del momento, perdiendo así mucha energía en el arreglo de nuestros planes mientras los desarrollamos.

2) Dejemos que las líneas fundamentales de la acción mundial y coordinada sean lo suficientemente dúctiles para que se las adapte a las circunstancias particulares de sitios particulares y dejemos que ésto sea presentado al Sumo Pontífice.

3) El propio Supremo Pontífice, de acuerdo con su cargo y su responsabilidad hacia toda la Iglesia, asignará diversas empresas a todos, de manera que el pueblo entero de Dios, bajo la jefatura de los pastores que el Espíritu Santo ha establecido para que gobiernen la Iglesia de Dios, se entregue vigorosamente a esta tarea. Luego, animados y unidos por un espíritu de obediencia y de una caridad tan amplias como el mundo, entreguémonos todos, sin excepción, al trabajo organizado. Esto exige muchos sacrificios, puesto que implica la superación de todos los egoísmos, tanto individual como colectivo, y exige una especie de muerte mística colecti-

va: el sacrificio de todo particularismo, trátese de una diócesis, del instituto religioso de uno mismo, de la categoría social de uno mismo. Todo esto debe morir para que Cristo triunfe en el mundo, así como el grano de trigo debe morir para producir fruto.

4) Invitemos a todos los hombres que creen en Dios a que participen en esta labor común, para que Dios sea el Señor de la sociedad humana. Esta colaboración en asuntos que son comunes a todos los hombres que creen en Dios, ¿no despejará eficazmente el camino para una unión más estrecha y profunda, sobre todo entre aquellos que se glorian con el nombre de cristiano?

Conclusión.

Mi conclusión es la siguiente: El puente sobre el cual vamos de la verdad a la vida es éste:

1) La investigación y reflexión científica, iluminadas por la fe y por lo tanto contando con la fuerza de la oración.

2) Absoluta obediencia al Supremo Pontífice.

3) Absoluta caridad fraterna que nos hace a todos hermanos que laboran unidos en Cristo.

Podemos hacer todas estas cosas y debemos hacerlas.

"Dixi Gratias. (He dicho gracias.)."

La revista "Time" arremete contra el P. Arrupe.

La revista estadounidense "Time", en su información sobre el Concilio Vaticano, comenta la intervención del P. Arrupe con una parcialidad y un sectarismo tan grande que pasa ya de los límites a los que nos tiene acostumbrados. Supone que éste ha tocado a rebato llamando a todos a una "Cruzada contra el Ateísmo", da por innecesario el probar semejante aserto con algunos párrafos siquiera de su alocución y se limita a comentarla desfavorable y agresivamente.

Tan sólo un eclesiástico "reaccionario" pudiera haber hablado de esta manera, dice en su número de 8 de Octubre, pág. 46, y añade: "En una mesa redonda de prensa, el teólogo americano John J. King calificó secamente de desafortunado el llamado de Arrupe a organizar una cruzada. Otros Jesuitas observaron, dice, que Arrupe no refleja la opinión de la Compañía de Jesús". Y añade la opinión "de un Jesuita profesor en Roma". "Su discurso pecó de ingenuo". "Fue la alocución de un hombre que no entiende la situación. Su lenguaje recuerda el usado por las antiguas bulas papales de Roma, que hablaban de salir al campo bajo la bandera de Cristo. Por supuesto, si se le toma al pie de la letra, resulta absurdo".

Invitamos al lector a recorrer cuidadosamente las declaraciones del P. Arrupe y ver dónde encuentra en ellas algo que pueda explicar esta violenta reacción de "Time". Nosotros, ciertamente, no damos con nada que la justifique. Porque el afirmar que existe en la actualidad una invasión de criterios ateísticos en todos los medios, es cosa evidente y que nadie se ha atrevido a negar, sea reaccionario o no, ni el mismo "Time" lo niega. El desear que la Iglesia comparta sus tesoros de verdad con todos los hombres, no parece sonar a cruzada contra nadie; menos aún el reconocimiento de que tan sólo una pequeña parte de la humanidad sea católica de verdad, ni el deseo de predicar a Cristo crucificado. Tampoco puede encontrarse motivos para esta acusación en que se proponga un plan para que los miembros más prominentes de la Iglesia estudien el problema con toda caridad y libertad y propongan las posibles soluciones al mismo. ¿Será acaso el que este plan se haga "bajo la absoluta obediencia al Sumo Pontífice" —como acota "Time"— lo que le molesta?

Porque lo mismo "Time" que sus interlocutores parecen olvidar que en Roma está reunida una Asamblea de la Iglesia Católica, no un Parlamento de todos los hombres del mundo, sean creyentes o no lo sean. Y que, por consiguiente, parece lógico que los Padres Conciliares traten de estos temas desde el punto de vista de la Iglesia Católica, no del de los Protestantes ni menos del de los ateos. Son los comunistas ateos más bien los que se han adelantado al Concilio y han lanzado a los cuatro vientos el tan cacareado "Informe Ilitchev", que es un plan para ateizar, velis nolis, a los países esclavizados por los tiranos del Kremlin. (1).

Por lo demás, el que a los redactores de "Time" les parezca mal que la Iglesia se apreste a entablar el diálogo con los ateos, como lo recomienda Paulo VI en su encíclica "Ecclesiam suam", es cosa que no nos extraña, ni tiene importancia mayor. Ellos sabrán por qué y nosotros también lo sabemos. El que el redactor de este exabrupto haya encontrado algunos Jesuitas a quienes estos planes les parezcan mal, es lamentable, pero tampoco tiene importancia mayor en el actual ambiente de libertad en el que nos movemos todos. Lo que sí tiene importancia es que este comentario se divulgue por todo el amplio ambiente de lectores, para quienes "Time" es algo así como el "Quinto Evangelio" de sincero y objetivo.

(1) La revista "Time", que hace gala de un anti-comunismo enragé, sabe distinguir, por lo que se ve, entre doctrinas y doctrinas del comunismo. El ateísmo soviético le tiene menos preocupado. ¿Será porque la propaganda antirreligiosa del Kremlin no amenaza directamente a la prosperidad económica de los EE. UU.?